

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo:

Los muchachos de hoy, que estamos asomándonos a la vida que nos espera afuera del colegio, dividimos ^{gran} con angustia, y casi con temor del porvenir, una situación irregular, anómala, casi anárquica, y es un confusio- nismo, que por venir en momentos cruciales de la Historia como tanto se ha dicho, nos sobresalta y nos aflige a todos, sobre todo, porque ese confusio- nismo no es ~~entre~~ ^{entre} los malos ~~contra~~ los buenos, ni ^{provine de ideas} de los cristianos contra los impíos, sino que es entre los que nos reconocemos como hermanos al re- zar devotamente el "Padre nuestro que estás en los cielos", pero de ahí no pasamos porque no actuamos como si nos considerásemos como verdaderos hermanos, y hay mucho de Cain y Abel entre nosotros.

Sabemos por la doctrina de la Iglesia que en las dudas hay libertad de opinar, y que en las corrientes de opiniones humanas, podemos embar- carnos en unas o en otras, siempre que nos lleven al fin sobrenatural del hombre, que es hacer el bien mientras pasa por el tiempo, para benditar dichosamente en la eternidad.

Sabemos también, que ~~en~~ los problemas vitales del cristianismo o de la Igle- sia, hay que resolverlos con unidad en la acción y si se presentan cuestio- nes graves, como el divorcio por ejemplo, en los Congresos nacionales, debe ha- ber uniformidad en un criterio católico, apostólico y romano.

Pero sabemos también, que la caridad es la virtud característica que debe reinar en todas las divergencias de criterio, y que si se debe aborrecer al vicio, debe respetar al vicioso, y tenerle profunda caridad a la miseria humana.

Hace pocos días, hemos leído con avidos en la revista "Arcilla", el re- portaje hecho a nuestra excelencia Reverendísima sobre la división de los cató- licos chilenos, y sobre algunos puntos de palpitante actualidad. En presencia de hechos innegables, como lo afirmaba vuestra excelencia Rodma., pueden man- tenerse los principios de libertad en lo que es opinable, pero subyugándo- los, en forma drástica, al principio de la caridad cristiana, que fide la unión de los corazones fraternalmente frente al Padre común que está en los cielos y frente a sus representantes en la tierra que tanto anhelan la paz y la unidad, como por ejemplo, su Santidad Juan XXIII, que no pierde ocasión para insistir en la urgencia de estos sacrosantos principios.

El principio del libre examen hizo que en el siglo XVI, una gran parte de la Europa se separara de la comunión católica y al desoir las di- recciones de Roma, se precipitara en una anarquía de ideas, que tuvieron como consecuencia, la Revolución Francesa en el siglo XVIII, las doctrinas liberales en el siglo XIX, y el comunismo en el siglo XX.

En pequeño, hay también entre los católicos de nuestra Patria, des-

riaciones y corrientes perturbadoras, que desobedeciendo expresamente a Roma, amenazan a la paz y la ortodoxia de la juventud que actualmente se está formando, como nosotros, y lo que nos sumerge en mayor confusión es que inteligencias de alto valor moral y espiritual están también envueltas en estas corrientes.

Hago los más humildes votos, Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo, para que en medio de los peligros que, llámense laicismo, comunismo, o confusionismo, arriesgan con fuerza inigualada, vuestra sagrada palabra realice el milagro de la unión entre nuestros criterios y corazones juveniles, y que así como los primeros cristianos, no tuvieron sino un corazón y una alma sola, todos nosotros, alrededor de vuestro báculo pastoral, sigamos con respeto y humildad vuestra voz guiadora, y bajo el emblema y el escudo de los sagrados corazones de Jesús y de María, que son la idealización perfecta de la unión y del amor, le demos al porvenir de la Iglesia y de la Patria, un acorde perfecto de la unión de los hermanos, bajo el único Padre que está en los cielos.

He dicho.